

CONDICIONAMIENTOS Y LIMITACIONES EN PUERTO RICO DURANTE EL SIGLO XVII

I.—Posición estratégica de Puerto Rico

El hundimiento del imperio español, iniciado a fines del siglo XVII, tuvo unos espectadores de excepción: los habitantes del Caribe, quienes tuvieron que soportar personalmente la infiltración extranjera en su territorio.

Las Antillas, en general, habían sufrido ya su propio hundimiento al quedar marginadas en el interés no sólo de la administración española sino de los propios hombres que iniciaron la conquista. El descubrimiento del continente y sus fabulosas riquezas supusieron un éxodo hacia occidente y las islas quedaron postergadas, sirviendo sólo de trampolín para lanzarse a la búsqueda de otras tierras que ofrecían mayor atractivo. Sus yacimientos quedaron oscurecidos ante las inmensas minas del continente, y sus indios, entre los que se estaba acusando una considerable baja demográfica, parecían más endebles que los que formaban las grandes tribus guerreras de la meseta mexicana o del altiplano peruano. ¿Qué aliciente podían ofrecer?

Tal coyuntura fue aprovechada por las grandes potencias europeas para introducirse en el concierto americano e hizo que las Antillas se convirtieran en el «talón de Aquiles» del imperio español.

El primer elemento que utilizaron para esta penetración fue el comercio clandestino, porque una piratería de alto nivel efectuada a base de asaltos organizados a los principales puertos indianos, teniendo que estar a la vez preparados para cualquier ataque en alta mar, era difícil de sos-

tener. Podían prepararse algunas expediciones esporádicas como negocio aislado. Pero tales ataques no tenían resultados prácticos en cuanto a una posesión continua de un lugar o de un mercado. Por esto, coexistiendo con la piratería comercial de altos vuelos, se da una, pudiéramos llamar, pequeña piratería comercial y mercantil, que aprovechándose del olvido en que habían caído las islas del Caribe y sobre todo de la escasez de comercio que sufrían, se dedicó a abastecer a los pobladores antillanos, que se prestaron de buen grado no sólo a recibir géneros a precios asequibles, sino que además encontraron en ello un medio de dar salida a sus productos sin cargas y sin riesgos.¹

El avance pirático actuó por tanto en el Caribe como un doble factor negativo y positivo. Negativo en cuanto tuvieron que soportar y sufrir continuos ataques bélicos; positivo por la posibilidad que dicha infiltración les brindó a sus habitantes de procurarse un comercio ilícito y lucrativo que se fue intensificando a medida que los vínculos comerciales con la metrópoli fueron haciéndose más débiles.

Son los primeros americanos que viven este peligro y los primeros que avisan de él. Y es precisamente por éste, por lo que las islas del Caribe experimentan un resurgir que las lleva a un nuevo período de actividad, ya que poseían más que ninguna otra región americana algo que hasta entonces no se había tenido en cuenta porque no se necesitó: una inmejorable posición estratégica.

Al final del siglo XVI, cuando el Caribe parecía olvidado, recobra un interés inusitado. Interés que estuvo determinado por uno de los mayores fallos de la política española en este momento: la falta de marina. Por este hecho, la importancia de los puertos españoles y americanos va aumentando en la proporción en que la necesidad de una armada se va haciendo manifiesta. Esta penuria, patente desde principios del XVII y denunciada por voces autori-

1 Véase la obra de Morales Padrón, Francisco: *Jamaica Española*. Sevilla, 1952.

CONDICIONAMIENTOS Y LIMITACIONES EN PUERTO RICO 3

zadas, no pudo ser atendida y la solución para salvaguardar el monopolio comercial americano quiso obtenerse con el refuerzo militar de los puertos. A fines del Quinientos, el Caribe fue escenario de un vasto y ambicioso plan de fortificaciones con el que se pretendió obtener una doble finalidad. Por un lado contener el avance pirático y por otro proteger las flotas que anualmente realizaban el comercio. En ambos casos, tal solución resultó poco efectiva.

La posición geográfica de Puerto Rico fue indiscutiblemente lo que determinó el interés que en la última década de la décimosexta centuria y primera de la decimoséptima suscitó la isla. Fue bautizada con el pomposo nombre de «Vanguardia y llave de todas las Indias»² y aunque tal título hizo decir a algún cronista que «en todo tiempo ha sido estimada esta isla por una de las más útiles del estado mereciendo la mayor atención de los soberanos», la realidad fue otra bien distinta. Se le prestó atención en tanto que el interés estratégico-militar se mantuvo.

En realidad, el hecho resulta natural. Hemos hecho referencia a un imperio que se hunde y dentro de él una zona marginada. Y aún matizando más, podemos hablar de una inferioridad de Puerto Rico con respecto a las grandes islas del Caribe, Cuba o Santo Domingo. En cuanto a la primera, porque la diferencia de su dimensión territorial hacía que sus posibilidades de explotación económica fueran menores, y porque la cercanía de Cuba al continente hizo que sus puertos fueran los elegidos para la concentración y el reparo de las flotas; y en cuanto a la segunda porque al radicarse en ella la audiencia, tenía una preponderancia política de la que Puerto Rico a todas luces carecía. Las posibilidades de la isla para un rendimiento fiscal eran mínimas. Un núcleo de unos pocos miles de vecinos, donde los indios habían desaparecido y donde los yacimientos auríferos se habían

² Miyares González: *Noticias particulares de la isla de San Juan de Puerto Rico*. San Juan, 1954, pág. 14.

agotado durante el último cuarto del siglo XVI, no presentaba demasiados atractivos para una España que había cifrado su interés en la posible rentabilidad de sus provincias indianas.

Nos encontramos, pues, que al comenzar el siglo XVII, Puerto Rico se había convertido en un importante presidio militar, donde se estaba levantando una gran fortaleza y donde estaba destacada una guarnición que osciló entre 300 y 400 hombres. Bajo este prisma es como hay que analizar su situación socio-económica, dejando bien sentado que el interés por la isla era eminentemente militar.

II.—Condiciones económicas de Puerto Rico

a) Posibilidades de producción

Hemos dicho que la isla al comenzar el Seiscientos carecía de minas y de indios, los dos grandes pilares en que otras regiones americanas basaban su economía.

Los primeros colonizadores habían agotado las reservas auríferas de los ríos y el recuerdo y deseo de una época dorada fue lo único que pervivió. Aunque todavía se seguían algunos trabajos en las minas, la carencia de mineral era tan evidente que el esfuerzo dedicado a ello era mínimo. En 1603 don Jerónimo de Mieses, sargento mayor del presidio, concibió la idea de sacarle rendimiento y en un informe que envió al rey le comunicaba que desde 1536 no se sacaba oro de ellas «por haberse acabado los indios y los negros que las beneficiaban», pero que había esperanzas de que no se hubieran agotado. Añadía, además, que la duda hacía que nadie se atreviera a un gasto inicial elevado y pedía que durante diez años no hubiera que pagar el quinto, o por lo menos que se tuviera derecho a la veintena del oro. Con esta garantía, Mieses se comprometía a emplear doscientos negros. Sabemos que el rey pidió al gobernador su parecer sobre esta propuesta, pero no tenemos noticias de

que tal proyecto se llevara a efecto.³ De vez en cuando surgían nuevas esperanzas por algún hecho fortuito. Por ejemplo, en 1609 la aventura de un esclavo negro levantó una gran polvareda. Había pedido permiso a su amo para ir a buscar oro y volvió con seis o siete pesos en polvo. El gobernador, en presencia del obispo, ordenó que le enviaran el mineral para verlo y con ayuda de un platero, vació una varilla que remitió al rey. No hay que decir que tal cosa causó conmoción en la corte y en la isla. Se enviaron cédulas animando a los vecinos a que continuaran la búsqueda del citado mineral y el gobernador informó que tal animación ya existía y que muchos vecinos habían acudido con sus esclavos para ver si descubrían «minerales antiguos». ⁴ Pronto esta fiebre por el preciado metal se fue apagando al comprobarse que no existía, aunque todavía en 1636 perduraba cierta ilusión. El gobernador Mota Sarmiento escribió a la corte que había ido en persona a visitar las minas, haciendo conducir a éstas maestros y materiales para beneficiarlas, pero indicando que no les vio provecho alguno.⁵ Las esperanzas fueron por tanto desvaneciéndose y a mediados de siglo los yacimientos auríferos estaban completamente abandonados.

Con tales perspectivas no hay que decir, que la economía de Puerto Rico estaba exclusivamente basada en la fertilidad de su suelo, la cual fue comentada por todos los cronistas y cuantos visitaban la isla. Fray Antonio Vázquez de Espinosa, el incansable viajero del siglo XVII, comentaba en su célebre obra *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*: «La tierra es fértil y abundante por su buen temperamento, de grandes montañas, de buenas y recias maderas para fábricas de navíos; hay gran suma de

³ Real cédula al gobernador de Puerto Rico. Lerma, 9 de junio de 1603. A.G.I., Santo Domingo, 2.280.

⁴ Gabriel de Rojas al rey. Puerto Rico, 7 de junio de 1609. A.G.I., Santo Domingo, 155.

⁵ Mota Sarmiento al rey. Puerto Rico, 1636. A.G.I., Santo Domingo, 155.

Guayacán, llamado palo santo por ser muy medicinal y provechoso para el mal francés y otras enfermedades, tiene otras preciosas maderas que hay en las demás de Barlovento». ⁶ Según Torres Vargas, el cronista por excelencia de la isla durante la centuria que estudiamos, se daban en ella frutos en abundancia, mejores y mayores que los de otras islas y de los de semillas portadas de España, se daba con facilidad la uva, los higos y las granadas que se podían coger dos y tres veces al año. ⁷

Sin embargo, en un suelo tan generoso la agricultura durante este siglo alcanzó un escaso desarrollo. ¿Motivos? Podríamos consignar varios, tales como escasez de vecinos, pobreza de medios, carencia de comercio, abundancia de ganado y paradójicamente, esta misma fertilidad del suelo que proporcionaba espontáneamente a sus pobladores alimentos suficientes sin que éstos tuvieran que molestarse. Pero sobre todo, existieron dos factores que influyeron de forma notable en este subdesarrollo: la aparición del cultivo del jengibre y la política restrictiva de la Corona, que quería evitar a toda costa posibilidades al contrabando. Trataremos de explicar más ampliamente estos dos puntos.

Puede resultar absurdo el señalar como factor negativo para el desarrollo de la economía agraria el cultivo del jengibre cuando fue precisamente éste, el que mantuvo la isla durante la primera mitad del siglo. No obstante, si examinamos las condiciones en que este cultivo se desarrolló y su escaso período de rendimiento, veremos que sólo sirvió para proporcionar algunas ganancias momentáneas a sus cultivadores, y dejar a la isla sumida en la más absoluta pobreza cuando su siembra tuvo que ser abandonada.

Durante todo el siglo XVI, la política agraria de Puerto

⁶ Vázquez de Espinosa, fray Antonio: *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*. Biblioteca de Autores Españoles, tomo XXXI, Madrid, 1968, pág. 38.

⁷ Torres Vargas, Diego de: *Descripción de la isla y ciudad de Puerto Rico, y de su vecindad y poblaciones, presidio, gobernadores y obispos; frutos y minerales*. Apud. Tapia y Rivera, Alejandro: *Biblioteca histórica de Puerto Rico*. San Juan, 1945, pág. 461.

CONDICIONAMIENTOS Y LIMITACIONES EN PUERTO RICO 7

Rico había estado encaminada a la implantación del monocultivo de la caña de azúcar. Tal producto, que se daba en la isla con asombrosa facilidad, presentaba el inconveniente de que para su obtención completa se necesitaba además de la faena agrícola otra industrial. El montaje de un ingenio por rústico que fuera necesitaba la aportación de un capital. No sólo había que hacer edificaciones y obras de canalización, sino disponer de medios instrumentales, como trituradoras de caña, calderas para el cocimiento, recipientes para el vaciado, etc. Además, se requería para ello un número elevado de trabajadores y esclavos a los cuales había por lo menos que alimentar.

A pesar de la política proteccionista de la Corona, varios inconvenientes se fueron presentando durante el Quinientos a los propietarios de ingenios. En primer lugar, la disminución del comercio, a consecuencia del avance de la piratería, ahogó la expansión del azúcar puertorriqueño, y disminuyó la entrada de esclavos en la isla. Por otro lado, la carencia de cobre y los fuertes impuestos que los azucareros tuvieron que soportar hicieron que al comenzar el siglo siguiente los ingenios se encontraran en una franca crisis. Varios de ellos se habían destruido; concretamente habían dejado de existir tres: uno en la parte baja del río Loisa que pertenecía a Fabián de Villalobos; otro en la región de la Sabana, cuyos dueños habían sido Francisco Daza y Baltasar Velázquez, y otro llamado ingenio de la Trinidad, que perteneció a Alonso Pérez Martel.⁸

Durante el siglo XVII funcionaban en la isla siete ingenios, pero sólo rendían la tercera parte de sus posibilidades. Por ejemplo, en 1607 se recogieron 3.000 arrobas de azúcar, habiendo capacidad para producir 10.000,⁹ a pesar que la política proteccionista llevada a cabo en la décimo-

⁸ Informe de los dueños de ingenios. Puerto Rico, 20 de agosto de 1610. A.G.I., Santo Domingo, 170. R3.

⁹ Ochoa de Castro al rey. Puerto Rico, 21 de abril de 1608. A.G.I., Santo Domingo, 155.

sexta centuria se mantuvo en la siguiente. Se concedieron préstamos en dinero efectivo y licencias para pasar esclavos libres de impuestos¹⁰ y se prohibió a los dueños de ingenios sembrar jengibre, so pena de perder estos privilegios.¹¹

Nos encontramos, pues, con el primer estrago causado por el jengibre: la posibilidad que dio a los dueños de ingenios de obtener ganancias con una facilidad a la que no estaban habituados. Uno de los primeros que vio este problema fue el obispo fray Martín Vázquez de Arce, quien en 1607 informaba al rey que «los ingenios de azúcar se van perdiendo porque los que los tienen ocupan los negros en la labor del gengibre... Conviene mucho a vuestro real servicio y al bien público desta ysla o quitar del todo este gengibre o poner taça en él como viere vuestra majestad que más convenga». ¹²

Por estos años, el cultivo del citado producto se había extendido a toda la isla, hasta el punto de que en 1608 su cosecha llegó a ser de 15.000 arrobas. En ese año, la fiebre por el mismo fue tan grande, «que el albañil y carpintero y demás oficiales dejan sus oficios para acudir a él». ¹³

El auge alcanzado por esta planta es natural si se tiene en cuenta la facilidad de su recolección, que posibilitaba a los pequeños agricultores a disponer de un producto muy cotizado entonces en España. Pero este auge produjo un problema económico-social desde el momento en que la Corona, para impedir que los campos de caña y las dehesas se vieran invadidas por el jengibre, dictó medidas prohibiendo su siembra precisamente a los dueños de éstos, que eran los que en definitiva formaban la oligarquía de la isla. Tales medidas se iniciaron en 1598 con dos reales cédulas,

10 Real cédula a los vecinos de Puerto Rico. Madrid, 17 de septiembre de 1600. A.G.I., Santo Domingo, 2.280, y Santo Domingo, 900.

11 Real cédula a la Audiencia de Santo Domingo y al gobernador Gabriel de Rojas. Madrid, 5 de octubre de 1609. A.G.I., Santo Domingo, 869.

12 A.G.I., Santo Domingo, 172, R2.

13 A.G.I. Ibídem.

dadas en San Lorenzo y Madrid, en agosto y diciembre respectivamente, por las que se ordenaba que ningún dueño de ingenio sembrara jengibre so pena de perder sus privilegios. A estas órdenes se contestó con un memorial enviado al Consejo de Indias en 1601, en el que se decía que a los dueños de ingenios que cultivaban jengibre no les importaba perder sus privilegios.¹⁴ Dicha respuesta, no cabe duda que estuvo determinada por las ganancias que el jengibre les proporcionaba, porque cuando unos años más tarde éste se abarató, precisamente por el excesivo incremento de su producción, fueron los mismos dueños de ingenios los que se apresuraron a presentar ante el Consejo quejas de los inconvenientes que el jengibre representaba para la siembra de la caña. Francisco Negrete, procurador de la isla en la corte y dueño de un ingenio, advertía que no se causaría ningún mal si esta planta no se sembraba, pues la cantidad recogida había hecho que valiera tan poco que con su carga en Sevilla sólo se pagaba el flete.¹⁵ A pesar de ello, se enviaban a la urbe hispalense grandes cantidades de jengibre en todos los barcos que hacían escala en el puerto de San Juan. En ellos, cada agricultor cargaba su pequeña o gran cosecha por separado, llegándose en ocasiones a meter en un mismo barco más de cincuenta cantidades diferentes.¹⁶ Hasta 1625 la producción de jengibre superó con mucho a la de azúcar o cueros, pero a partir de entonces comienza a declinar y sólo se mantuvo para abastecer la demanda del contrabando, pues debido a las medidas restrictivas impuestas por la Corona, las ventajas fiscales de que gozaban los labradores de Santo Domingo y, sobre todo, la competencia de las grandes plantaciones del Brasil no resultaba un negocio de salida de forma regular.

14 Gil-Bermejo García, Juana: *Panorama histórico de la agricultura en Puerto Rico*. Sevilla, 1970.

15 Real Cédula al gobernador de Puerto Rico. San Lorenzo, 1 de septiembre de 1613. A.G.I., Santo Domingo, 900.

16 A.G.I., Contratación, 2.463, 2.465 y 2.466.

El jengibre, además, no sólo debilitó la siembra del azúcar, sino que afectó directamente a la cría del ganado. Según fray Martín Vázquez de Arce, de cien mil cabezas de ganado que solían apacentar en «los muy deleytables llanos de esta tierra», apenas quedaban diez mil. Atribuía esta pérdida entre otras causas a que los ganaderos, para remediar su pobreza, se dedicaron al cultivo del jengibre.¹⁷ Sin embargo, la disminución de la ganadería estuvo determinada por factores más complejos que la simple siembra de la citada planta. Para salvarla hubiera sido necesaria una reforma ganadera, tal como la concibió el gobernador Beaumont al pretender convertir las monterías de ganado mostrenco en dehesas de ganado manso,¹⁸ y para ello hubiera necesitado una sociedad estabilizada en quien basar el reparto de tierras. Al no existir ésta, la reforma no pudo efectuarse y el ganado siguió disminuyendo al ser sacrificado sin orden ni concierto, para obtener de él un único producto que resultaba rentable: los cueros.

El panorama que presentaba Puerto Rico a mediados de siglo no era por tanto nada halagüeño: una economía basada en tres elementos —azúcar, jengibre y cueros— que por una razón u otra iban desapareciendo. Pero ¿no se le pudo dar alguna solución? ¿No pudo ensayarse la siembra de otros productos que en otras islas resultaba rentable?

Es ahora cuando debemos considerar la necesidad que la Corona tuvo de emplear en Puerto Rico —al igual que en otras islas del Caribe— una política restrictiva. Existía una planta —el tabaco— que podía haber salvado la economía antillana por la gran demanda que de ella, desde fines del siglo XVI, existía en Europa. Su cultivo se daba con facilidad. Torres Vargas afirma que en Puerto Rico sus hojas eran de mejor calidad que las de Cuba, Santo Domingo o Margarita y que únicamente el de Barinas le aventajaba.

17 Puerto Rico, 30 de octubre de 1607. A.G.I., Santo Domingo, 172, R2.

18 Beaumont al rey. Puerto Rico, 30 de octubre de 1617. A.G.I., Santo Domingo, 156.

CONDICIONAMIENTOS Y LIMITACIONES EN PUERTO RICO 11

Pero el tabaco resultaba un producto cuya producción era difícil de controlar por la Corona y demasiado apto para el contrabando. Por este motivo, en 1606 se prohibió su siembra en Puerto Rico, Santo Domingo, Cuba, Margarita y las provincias de Nueva Andalucía, Venezuela y Cumaná. Todo el ámbito caribeño quedaba excluido de esta fuente de riqueza. Más adelante, en 1614, y en vista de que la demanda de esta planta iba creciendo, Felipe III decidió no desperdiciar una posibilidad de ingresos y por una real cédula dada en Ventosilla permitió la siembra del tabaco. En ella decía que «... es nuestra voluntad que los vecinos de las islas de Barlovento y Tierra Firme y otras partes donde los vecinos siembran y cogen tabaco, no pierdan el aprovechamiento que en él tienen y nuestra real hacienda goce del beneficio que resulta de su comercio...». En esta disposición legal también se mostraba severísimo con respecto al contrabando de este producto, amenazando con la pérdida de la vida o de los bienes a aquél que comerciara ilícitamente con él.¹⁹ Hasta 1627 no se comenzó a plantar el tabaco en Puerto Rico, en debida forma para la exportación, y en ese mismo año se vendió la libra a dos reales. No sabemos exactamente si se estableció desde un primer momento, pero sí conocemos que don Iñigo de la Mota empleó el dinero procedente de él en el cerco de la ciudad. En 1638 y 1639 el impuesto del tabaco importó 4.500 pesos cada año.²⁰

Tal estanco, que persistió a pesar de haberse terminado las murallas, frenó la producción tabacalera, que de haberse dejado libre habría podido ofrecer a la economía puertorriqueña nuevas perspectivas. A pesar de ello y de la posición que le hicieron los ganaderos, a mediados de siglo el tabaco se había afianzado en Puerto Rico como cultivo. Mas un nuevo inconveniente vino a frenar su desarrollo: a fines del Seiscientos, la producción a gran escala en las

19 Real cédula a los gobernadores de las islas de Barlovento. Ventosilla, 20 de octubre de 1614. A.G.I., Santo Domingo, 869.

20 A.G.I., Santo Domingo, 165, R3.

plantaciones de Virginia, invadió los mercados y abarató el producto.²¹

También fracasó la siembra de otro fruto que se ensayó al mismo tiempo que el tabaco: el cacao. Sólo se dio durante un corto período de tiempo —desde 1636 a 1672— en el cual se concibieron ciertas esperanzas de prosperidad.²² En 1636, el gobernador Mota Sarmiento señalaba la rentabilidad del mencionado producto e intentó incrementar su cultivo,²³ pero sus esfuerzos no sirvieron de gran cosa ante las dificultades que presentaron tanto su siembra como su recogida.

Intencionadamente no nos detenemos en otros productos que se dieron en la isla —maíz, yuca, patatas, frijoles, plátanos— porque sólo sirvieron para atender al consumo interno y por tanto no influyeron para nada en su economía.

b) Comercio

Este oscuro panorama que hemos presentado de la producción de Puerto Rico en el XVII, mantuvo relación directa con la situación comercial.

El movimiento mercantil en el puerto de San Juan fue escasísimo, lo que incrementó la pobreza de la isla. Por ejemplo, durante la década de 1621 a 1632, según las cuentas de los oficiales reales, llegaron a San Juan unos cien barcos, de los cuales aproximadamente un cuarenta por ciento eran pequeños navíos que llegaban de la Margarita, Caracas o Cumaná con cargamentos de pescado, maíz, sal y tabaco y regresaban llenos de cueros;²⁴ otro cuarenta por ciento eran navíos de las islas Canarias que suministraban vino; un diez por ciento eran barcos que iban para Nueva España y llegaban de arribada forzosa, y por último

21 Gil-Bermejo García, Juana: Ob. cit., págs. 161-162.

22 Ibidem, págs. 185 y sigs.

23 Mota al rey. 30 de abril de 1636. A.G.I., Santo Domingo, 156, R2.

24 Para el comercio intercaribeño, véase Ramos Pérez, Demetrio: *Minería y comercio interprovincial en Hispanoamérica. (Siglos XVI, XVII y XVIII)*. Valladolid, 1970.

sólo el otro diez por ciento eran barcos que provenían de Sevilla.²⁵ Los barcos que Puerto Rico remitía a Sevilla también eran pocos, sobre todo si tenemos en cuenta que muchos de los que llegaban a la Casa de Contratación como procedentes de Puerto Rico, no eran propiamente de la isla, sino que desde otros puntos de las Indias, hacían una última escala en San Juan antes de efectuar la travesía del Atlántico. Algunas veces, si tenían cabida en sus bodegas admitían carga, por lo que eran sometidos a un nuevo registro. De ahí que las estadísticas de un porcentaje elevado de navíos procedentes de la pequeña isla, cuando en realidad sólo una mínima parte de su cargamento era de ella. Y, además, si tenemos en cuenta que en cincuenta años únicamente llegaron a Puerto Rico unos cien barcos, de los cuales unos treinta procedían de Canarias, tenemos que admitir que el vínculo comercial de la isla con la metrópoli fue francamente pobre.²⁶ Y, por supuesto, que San Juan era el único puerto que tenía algún movimiento. El resto estaba prácticamente incomunicado y sus únicos contactos con el exterior era con extranjeros. Este centralismo, motivado por la imposibilidad de tener defendido más de un puerto, estaba dentro de la tónica monopolista del comercio español en esta época.

La mayoría de los habitantes del interior eran pequeños agricultores o ganaderos, a los cuales el tener que transportar sus mercancías hasta San Juan, soportando las cargas fiscales y vender luego sus productos a bajo precio en Sevilla o Cádiz, les resultaba ruinoso. Por tanto, es lógico que muchos de ellos prefirieran esperar que los barcos, no importaba de qué nacionalidad, llegaran a sus puertos en demanda de sus frutos o ganados.

La mayor animación que registraba el puerto de San

²⁵ A.G.I., Contaduría, 1.077. Estas noticias coinciden con las estadísticas que ofrecen Huguette y Pierre Chaunu en *Seville et l'Atlantique (1504-1650)*, tomo V. París, 1956.

²⁶ *Ibidem*.

Juan era cuando por alguna causa imprevista llegaban galeones procedentes de las flotas. Entonces la ciudad se ponía en movimiento, la actividad era inusitada y todos participaban de una forma o de otra en la ayuda que hubiera que prestarles.

La penuria del comercio era manifiesta. En 1641, Mota Sarmiento expresa al rey que no existía correspondencia con Castilla ni navíos de registro; los frutos se perdían y faltaba el situado de cinco años.²⁷

El problema principal estribaba en que el navío para Puerto Rico no podía ser de mucho tonelaje, porque la escasez de las mercancías de la isla no permitían pagar los gastos que tal flete ocasionaban. Constantemente pedían permiso para poder transportar en las flotas un navío de menor porte con piloto sin examinar. En una real cédula dada el 25 de septiembre de 1606 y en la que el rey consulta a la Casa de Contratación la posibilidad de esta petición, se reproduce el texto de lo solicitado por los vecinos quienes dicen que «... por la poca posibilidad de la tierra y ser pocos los frutos que en ella hay no pueden cargar navíos de mayor porte demás de ser muchos los gastos que causan por la obligación de artillería y maestre y piloto examinado, por lo que suplican a Su Majestad que les dé licencia para que en la flota de Nueva España o tierra firme se puedan llevar un barco de menor porte».²⁸

Varias veces se concedieron tales licencias y en algunas ocasiones las obtuvieron para poder llevar barcos solos, sin flotas. Pero esto fue un desastre. La mayoría de los buques que viajaban en estas condiciones eran presa fácil de los piratas que llenaban el Caribe y las mercancías se perdían. A mediados del siglo se cometieron verdaderos engaños con estos navíos. En Cádiz, para pasar el registro presentaban

27 Puerto Rico, 22 de junio de 1641. A.G.I., Santo Domingo, 156, R.-3.

28 Real cédula a la Casa. Valladolid, 17 de noviembre de 1606. A.G.I., Santo Domingo, 900.

CONDICIONAMIENTOS Y LIMITACIONES EN PUERTO RICO 15

una serie de armas, pólvora y municiones «como en algunas boticas las medicinas» a decir de López de Haro, pero los barcos llegaban a Puerto Rico desde Canarias sin un arcabuz ni una libra de pólvora.²⁹

Y si esto resultaba malo, el obligar a los navíos de registro a ir en conserva de las flotas era peor, pues cualquier retraso de ellas ocasionaba el que se perdieran las cosechas.

La situación se agravó a mediados de siglo, porque a causa de los abusos que se cometían, se prohibió el comercio entre Canarias y las Indias.³⁰ Este hecho cerró a los puertorriqueños toda posibilidad de expansión, ya que los barcos que de allí llegaban llenos de vino, volvían con jengibre y cueros. Y al cortarse este comercio, se dio abierta entrada al contrabando.

En cuanto a los movimientos mercantiles en el interior, prácticamente no existían, según veremos más adelante en la cifra que supusieron los derechos de alcabala. El escaso trueque interno se hacía generalmente por medio de productos, debido a la escasez de moneda, otro de los problemas graves que aquejaron la economía puertorriqueña.

Cuando en 1598 entraron los ingleses en Puerto Rico, se llevaron casi toda la moneda de vellón que había en la isla, y la poca que quedó permaneció en manos de unos cuantos mercaderes. Suponía tal situación, por tanto, un gran perjuicio para los vecinos, quienes tenían que comprar de fiado hasta la recogida de la cosecha, pagando entonces en fruto, de lo que por supuesto se beneficiaban los negociantes, tasando los productos a su antojo.³¹ Como los situados para la infantería se pagaban generalmente en barras de plata, a pesar de las órdenes dadas para que se hiciera en

29 López de Haro al rey. Puerto Rico, 23 de noviembre de 1644. A.G.I., Santo Domingo, 172, R2.

30 Morales Padrón, Francisco: *Cedulario de Canarias*, tomo II, Sevilla, 1970, pág. 118.

31 Real cédula a la Audiencia de Santo Domingo. San Lorenzo, 18 de octubre de 1607. A.G.I., Santo Domingo, 869.

reales o medios reales,³² la necesidad de moneda menuda existió en la isla durante todo el siglo, hasta el punto que en 1645 sólo había «unos malos cuartos de cobre del tiempo del rey San Fernando que todos no pasan de 8.000 pesos y por esta falta de moneda ha cesado todo el comercio y todos vivimos de prestado trocando unas cosas por otras como en el principio del mundo» según noticia de fray Damián López de Haro.³³

El problema que la moneda de vellón representó para la economía española,³⁴ se dio de forma aguda en Puerto Rico, ya que la pobreza de sus transacciones comerciales necesitaban este tipo de moneda. En 1608, y a consecuencia de la diferencia de valor del vellón en Santo Domingo y Puerto Rico, comienzan a llegar de la isla vecina ciertas cantidades. En Santo Domingo un real valía 51 cuartos mientras que en Puerto Rico su valor era de 34.³⁵ Pero tal entrada no consiguió remediar el problema, pues en 1613 la moneda de vellón estaba tan baja en Puerto Rico que la mayoría de los que la poseían se la llevaban a las islas Canarias, quedándose la isla, prácticamente sin ninguna.³⁶

32 Real cédula al virrey de Nueva España. Aranjuez, 24 de noviembre de 1626. A.G.I., Santo Domingo, 901.

33 A.G.I., Santo Domingo, 172, R4.

34 La moneda de vellón experimentó notables bajas durante todo el período que estudiamos. En 1599 Felipe III autorizó una fuerte emisión de ella sin aleación alguna de plata. El cobre había experimentado un alza que hacía que su valor fuera igual al del valor nominal de la moneda acuñada. En vista de ello, en 1602 se rebajó a la mitad el peso del nuevo vellón, lo que aceleró la baja de tal monedaje. En tiempos de Felipe IV (1642) se experimentó una notable baja en la moneda de vellón, de modo que la que valía ocho y doce maravedíes se reduce a dos y la de seis y cuatro a uno. Luengo Muñoz, Manuel: *Sumaria noción de las monedas de Castilla e Indias en el siglo XVI*, "Anuario de Estudios Americanos", tomo VII, págs. 325-366. Sevilla, 1950. En la Sección de Manuscritos del Museo Británico, en la Colección Egerton, existen una serie de legajos (entre otros, en el 515 y 516) que contienen informes de especialistas sobre el problema de la moneda de vellón en España en los primeros años del siglo XVII.

35 Don Diego de Sandoval, presidente de la audiencia de Santo Domingo, informó al rey de esta anomalía por carta de 8 de agosto de 1608. Para remediar la falta de moneda el presidente propuso que se hicieran 50.000 ducados en cuartos, prohibiéndose que se sacaran a Puerto Rico. Real cédula a la Audiencia de Santo Domingo. San Lorenzo, 18 de octubre de 1607. A.G.I., Santo Domingo, 869.

36 El cabildo eclesiástico al rey. Puerto Rico, 6 de octubre de 1613. A.G.I., Santo Domingo, 174, R3.

c) Realidad de la situación económica

La situación económica de Puerto Rico era verdaderamente crítica a mediados de siglo. La desaparición del jengibre, la disminución del ganado, los obstáculos que se ofrecieron al cultivo del tabaco, la pérdida del cacao, la falta de monedaje y el panorama comercial que hemos planteado, tenían sumida a la isla en la más absoluta pobreza, solamente sostenida por el situado cuando llegaba y, por supuesto, por el contrabando en el que durante la segunda mitad del Seiscientos participaron sin excepción todos los habitantes de ella.

Su única esperanza de pervivencia por vía legal era el situado, que para mantenimiento de la guarnición y obras de las fortificaciones se enviaba de la caja de México anualmente. Junto al dinero de la tropa y las obras, llegaba también cierta cantidad, destinada a cubrir parte de los gastos de la isla, que la caja real no podía subsanar. Entre otras cosas se pagaba la mitad del sueldo de gobernador y lo que hubiera que suplir al obispo si la cuantía de los diezmos no alcanzaba los 1.600 ducados que generalmente cobraba.

Además, el valor del situado variaba según la dotación de soldados que hubiera en la isla y según lo que hubiera destinado para las fortificaciones.

Por real cédula de 5 de septiembre de 1596 se consignaron en México 20.956 ducados para la paga de 200 soldados, más 22.704 ducados que se aumentaron por otra disposición de 23 de diciembre de 1598 para 209 soldados que se añadieron a los anteriores, y más 8.000 ducados que se fijaron para las fortificaciones del Morro. Por tanto, y traducidos a pesos, el total del situado al comenzar el siglo XVII era de 70.813 pesos.³⁷ Esta cantidad variaba como ya hemos dicho, no sólo porque el número de soldados fluc-

37 Cuentas enviadas por el contador del Consejo a Ciriaca. Madrid, 17 de julio de 1607. A.G.I., Santo Domingo, 156, R2.

tuaba, sino también porque lo consignado para las fortificaciones no fue siempre lo mismo.³⁸ Pero para comprender la importancia del situado para la economía de Puerto Rico examinemos el valor que algunas entradas fijas —las más fuertes— tenían para la caja real en comparación con el valor del situado.

Al hablar de cantidades fijas nos referimos a aquéllas que anualmente entraban en concepto de impuestos —almojarifazgo, alcabalas, derecho de negros o venta de cargos— que en definitiva son las que nos pueden orientar en cierto modo de la situación económica.

Examinemos estas entradas en un período de diez años: desde mayo de 1620 hasta agosto de 1630.

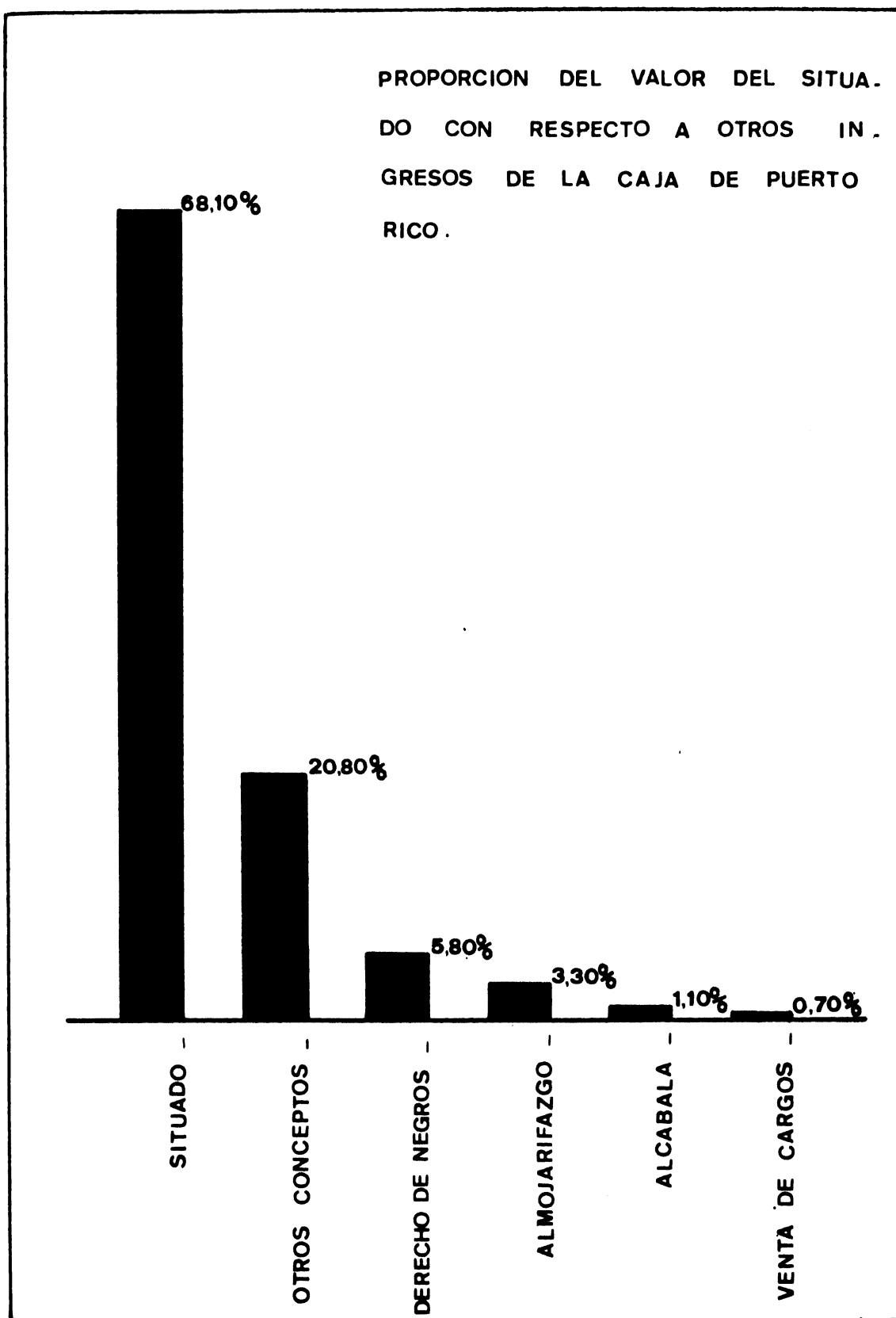
En estos años las cuentas aparecen de la forma siguiente:

FECHA			TOTAL DE INGRESOS			
mayo	1620-mayo	1622	962.078 reales,	2	maravedíes	
agos.	1622-sept.	1624	1.104.522	»	17	»
sept.	1624-oct.	1625	534.138	»	13	»
oct.	1625-sept.	1626	546.272	»	26	»
sept.	1626-jun.	1628	1.342.632	»	17	»
jun.	1628-marzo	1629	640.686	»	9	»
marzo	1629-agos.	1630	464.566	»	24	»

Cantidades que entraron en concepto de:

FECHA	SITUADOS	ALMOJARIFAZGO	ALCABALAS
1620-1622	645.289'8	55.045'10	28.496
1622-1624	696.606	18.145'26	11.560
1624-1625	326.775'13	32.187	2.483

38 En 1607 se ordena que durante tres años, en lugar de 8.000 ducados, se envíen 16.000; en 1612, y hasta 1618, esta cantidad se reduce a 12.000 ducados, fecha que se eleva a 16.000, y en 1627 la cantidad se vuelve a reducir a 8.000 ducados. A.G.I., Domingo, 2.496.



CONDICIONAMIENTOS Y LIMITACIONES EN PUERTO RICO 19

1625-1626	348.373'8	28.101'14	—
1626-1628	1.080.940'14 ^{38 bis}	39.688'32	800
1628-1629	405.653'5	3.196	1.100
1629-1630	308.449	12.910'23	17.430'32
<hr/>			
Total	3.812.088'21	189.273'05	62.319'32

FECHA	VENTA DE CARGOS	DERECHO DE NEGROS
1620-1622	4.632'12	18.847'2
1622-1624	9.003	212.291'25
1624-1625	—	52.300'20
1625-1626	1.323	27.564'20
1626-1628	16.246'9	13.246'22
1628-1629	—	3.062'22
1629-1630	4.735'10	—
<hr/>		
Total.....	35.940'12	327.311'29

Así pues, podemos precisar que el situado supuso en estos años un 68'10 % del total de la caja; el almojarifazgo un 3'30 %; las alcabalas sólo un 1'10 %; la venta de cargos un 0'70 %; y el derecho de negros un 5'80 %.³⁹

El resto de lo recaudado, que representaba el 20'80 %, entraba por otros conceptos tales como bulas, penas de cámara, cobro de deudas, venta de bastimentos de la guarnición, etc., las cuales, por representar un valor mínimo dentro de la caja y no ser cantidades que se recaudaran periódicamente, no nos hemos detenido a examinar.

Después de esta rápida ojeada podemos apreciar que tanto el comercio exterior (almojarifazgo) como el interior (alcabalas) ofrecen un índice muy bajo, y que la venta de cargos resultó un fracaso. En este sentido podemos afirmar que su reducido porcentaje se debe a los bajos precios que

^{38 bis} La subida del situado de este año se debe a que recobró parte de lo atrasado de 1623.

³⁹ A.G.I., Contaduría, 1.077.

se pagaban por aquéllos en Puerto Rico. Por ejemplo: por el cargo de alguacil mayor, que en México (1611) valía 115.000 pesos,⁴⁰ en Puerto Rico (1612) se pagaba 274 pesos.⁴¹ El de regidor, que en los primeros años del siglo valía en México entre 6.000 y 10.000 pesos, en Santiago de Chile entre 3.000 y 5.000 y en La Habana entre 1.000 y 2.300 ducados (1.870 y 3.150 pesos),⁴² costaba en Puerto Rico 545 pesos a principios de siglo y sólo 411 en 1625.⁴³

Si exceptuamos lo recaudado por derecho de esclavos, que presenta un índice algo más alto, podemos afirmar que la isla entera dependía del situado. Por dos razones: por la necesidad que existía de cubrir con él las deficiencias de la caja real y porque, aunque su fin era pagar la infantería y construir las fortificaciones, en definitiva era casi el único dinero que se movía en la isla, el cual, debido al sistema de créditos que se empleaba para pagar a los soldados por los retrasos que sufría su traslado, estaba totalmente manejado por los mercaderes. Su demora suponía un caos para la economía de la isla. Y desgraciadamente estos retrasos se sucedieron a todo lo largo del siglo, unidos a una serie de anomalías y fraudes que hicieron que rara vez llegara a la isla el situado completo, lo cual contribuyó enormemente a aumentar la pobreza que reinó en Puerto Rico durante toda la decimoséptima centuria.

III.—Algunas repercusiones en la sociedad

Una economía como la que hemos presentado no es extraño que creara una sociedad inestable. Los hombres se veían obligados a emigrar a otros lugares para poder subsistir, creándose con ello un desfase entre la población

40 Haring, C. H.: *El Imperio Hispánico en América*. Buenos Aires, 1966, páginas 294-295.

41 Real cédula a Gabriel de Rojas. Madrid, 22 de diciembre de 1612. A.G.I., Santo Domingo, 869.

42 Haring, C. H.: Ob. cit., págs. 295-96.

43 A.G.I., Santo Domingo, 900.

masculina y la femenina. Hasta tal extremo abundaron las mujeres en Puerto Rico, que se convirtieron en un auténtico problema. Según el obispo López de Haro, «sólo mujeres con negras y mulatas hay más de 4.000». ⁴⁴ Aunque nos parece un poco exagerada esta cifra, sobre todo teniendo en cuenta que la población total de Puerto Rico no llegaría, en su momento de mayor auge a 7.000 habitantes, si es cierto que desde 1616 se estaba intentando resolver la situación de unas cien mujeres solteras que había en la isla —hijas y nietas de conquistadores— cuya escasez económica no le permitía disponer de una dote para el matrimonio o su ingreso en un convento. Comenzaron a hacerse gestiones para la fundación de una institución religiosa que les diera cabida, pero la falta de un patrono que se hiciera responsable de los gastos hizo que la licencia de fundación se demorara. La solución fue dada por doña Ana Lanzós, viuda del capitán Villate y Escobedo, al ofrecer 50.000 pesos y su propia casa para la creación de un convento de Carmelitas que quedó establecido en 1646. ⁴⁵

No fue sólo la pobreza la causa determinante de esta inestabilidad. Existían en la isla un gran número de portugueses llegados durante el XVI —probablemente enviados como técnicos del cultivo de la caña— que habían echado raíces en la tierra vinculándose con familias descendientes de conquistadores y que habían acaparado casi todas las fuentes de ingresos: los ingenios y el comercio. Pero a pesar de ello, al igual que en otros puntos de América se les siguió considerando extranjeros. Antonio Domínguez Ortiz, en su reciente obra *Los judeoconversos en España y América*, ⁴⁶ analiza la gran emigración de judíos portugueses que a partir de 1580, tras la fusión de las coronas de España y Por-

⁴⁴ López de Haro al rey. Apud Tapia y Rivera. *Biblioteca histórica*, ob. cit., pág. 451.

⁴⁵ A.G.I., Santo Domingo, 900, y Santo Domingo, 869. Véase Hostos, Adolfo: *Ciudad Murada*. La Habana, 1948, pág. 302.

⁴⁶ Madrid, 1971.

tugal, se llevó a cabo en América. Estos crearon serios inconvenientes en diversos puntos del continente, pero no fue este el caso de Puerto Rico, donde se consideraron hijos del país. El único problema que suscitaron en la isla fue el de no ser admitidos como vecinos. Podemos citar como ejemplo el caso de un tal Manuel Cordero, uno de los hombres más ricos de San Juan, que en 1614 llevaba veinte años viviendo en la isla, había comprado tierras, era dueño de un ingenio y estaba casado con doña Ana Orozco, natural de Puerto Rico y nieta de conquistadores. Pretendía ser admitido como vecino de la isla, pero en el Consejo no lo consintieron.⁴⁷

El malestar que tal disgregación causaba, se vio aumentado desde 1640, después de la separación de Portugal del Imperio español. A partir de este momento se pretendió eliminar a todos los que tuvieran esta nacionalidad, no sólo entre la población civil, sino entre los soldados y religiosos, pero no se consiguió en modo alguno. Veamos lo que de la población de San Juan escribía López de Haro en 1645: «... los vecinos de esta isla son poquísimos y de diferentes naciones... y éstas los que tienen alguna hacienda y trato son de dicha nación (portugueses) y unos y otros se sirven de esclavos naturales de Angola y aquellas partes y de criollos hijos portugueses que por todos serán más de mil».⁴⁸

Esta inestabilidad, causada en cierto modo por la carencia de hombres y por la concentración de riquezas en manos extranjeras, se vio compensada de alguna forma por la presencia de los militares en San Juan. Ignoramos si se celebraron muchos matrimonios entre los soldados y las mujeres puertorriqueñas, pero lo que sí podemos asegurar es que entre la oficialidad sí hubo tendencia a emparentar con las mejores familias de la sociedad, pasando así a desempeñar un importante papel en ella que a menudo estaba

47 A.G.I., Escribanía de Cámara, 1.014.

48 Puerto Rico. 23 de noviembre de 1645. A.G.I., Santo Domingo, 172.

revestido de cierto matiz político, pues en muchas ocasiones actuaron en contra de los gobernadores, respaldando los intereses de los clanes que constituían su grupo político. Nombres como Miseses, García de Torres, Achotegui, Amezqueta, etc. fueron cabezas de familia de gran importancia en la vida de la isla. Estos, al ser propietarios perpetuos de sus plazas, conseguían un prestigio que en raras ocasiones alcanzaron los gobernadores dado el carácter transitorio de su cargo.⁴⁹

Si en el terreno social y familiar pudo paliarse algo la escasez de hombres con los militares destinados al presidio, no ocurrió igual en el ámbito profesional. Los soldados no trabajaban en las fortificaciones⁵⁰ y sólo se limitaban a cubrir las guardias. Y mientras casi cuatrocientos hombres permanecían ociosos la mayor parte del día, había en la isla una gran falta de mano obrera. Generalmente escaseaban carpinteros, herreros, albañiles y toda clase de peonaje especializado, necesarios tanto para las obras de fortificación como para los ingenios y todo tipo de faenas agrícolas. Y los pocos que había se cotizaban alto: cobraban de 16 a 20 reales diarios.⁵¹

La falta de mano obrera se quiso cubrir con esclavos negros, y por ello casi desde la aparición de los primeros trapiches aparecen en Puerto Rico los primeros hombres de color.

Los negros, indudablemente, influyeron social y étnicamente en la población puertorriqueña. Si bien las noticias oficiales acusaban continuamente una gran necesidad de

49 Real cédula al gobernador de Puerto Rico pidiéndole que informara qué capitanes había casados en Puerto Rico y qué inconvenientes causaban, porque se sabía que los familiares de las mujeres, apoyándose en ello, tenían disputas con las autoridades. 23 de enero de 1603. A.G.I., Santo Domingo, 2.280.

50 En los primeros años del siglo el gobernador Ochoa de Castro y el sargento mayor García de Torres tuvieron un serio altercado, porque el primero pretendió que, para aligerar las obras, los soldados trabajasen en las fortificaciones un día a la semana. A.G.I., Escribanía de Cámara, 135, C.

51 Juan de Haro al rey. Puerto Rico, 14 de febrero de 1626. A.G.I., Santo Domingo, 156, R2.

esclavos en la isla, hemos podido comprobar que el porcentaje de derechos de negros recaudado en las cajas reales fue bastante elevado, aparte de los que entraban por medio del contrabando.

Es verdad que no hubo permisos especiales para pasar negros a Puerto Rico —salvo en raras ocasiones—, ni asientos dirigidos a la isla, pero las autoridades arreglaban las cosas para que bajo una apariencia legal quedaran en ella algunas «plezas». Cuando un barco cargado de esclavos llegaba de «arribada» forzosa al puerto de San Juan, se acostumbraba a vender algunos de ellos para, con su producto, poder reparar los gastos que la avería había ocasionado. Y en algunas ocasiones los gobernadores procuraron que estas cargas quedaran enteras, a pesar de las protestas de los asentistas que preferían que su dinero ingresara en las Cajas de Cartagena o Nueva España, donde además de poder emplearlo de forma productiva, su transporte a España era mucho más seguro que desde la inquieta isla de Puerto Rico.⁵²

La entrada de seres de color en la isla fue por tanto en el siglo XVII más elevada de lo que se supone. Según los cálculos que hemos podido hacer por lo recaudado de derecho de esclavos en las cajas reales, desde 1607 a 1633 entraron oficialmente en Puerto Rico unos 2.240 negros.⁵³

Desde los primeros años del siglo observamos que el control sobre estos negros era ineficaz. Con frecuencia solían huir de casa de sus amos y vagaban por el monte, convirtiéndose en un grave problema para las estancias del interior donde cometían toda clase de fechorías.⁵⁴ En 1633 estos negros vagabundos habían llegado a constituir uno de los mayores problemas de la isla, por los hurtos, amanceba-

52 Autos de arribada de negros. Cuaderno de la Residencia de don Juan de Vargas. 1625. A.G.I., Escribanía de Cámara, 122, A.

53 A.G.I., Contaduría, 1.076 y 1.077.

54 Real cédula al gobernador de Puerto Rico pidiéndole que informe qué se puede hacer sobre esto. San Lorenzo, 1 de septiembre de 1613. A.G.I., Santo Domingo, 900.

mientos e inquietudes que ocasionaban y sobre todo por la falta de mano de obra que suponía su huida. El gobernador Enríquez de Sotomayor puso remedio a esta situación, sometiendo a algunos a la autoridad de unos amos con pena para los que los abandonaran de pagar veinte ducados de multa; y a otros les dio oficio para que trabajaran de alguna manera.⁵⁵ En 1644 se había llegado a ejercer cierto control sobre ellos, y se había creado, al igual que en los presidios circunvecinos, un capitán de mulatos, grifos, cuarterones y negros.⁵⁶

Con la llegada de los negros se fueron introduciendo también en la isla toda una serie de prácticas y creencias religiosas propias de éstos, tales como la hechicería el espiritismo, etc. que dieron un cierto aire supersticioso a la sociedad puertorriqueña y que crearon serios problemas a la Inquisición. En tiempo de Gabriel de Rojas existió una negra que decía tener en la barriga un espíritu que hablaba y que se llamaba Pedro Lorenzo. Fue exorcizada en la iglesia y el comisario de la Inquisición prohibió que se le hablara bajo pena de excomunión. Torres Vargas aseguraba que las negras que lo poseían decían que en su tierra se les entraba en el vientre en forma de animalejo y que lo heredaban de unas a otras «como mayorazgo».⁵⁷

Examinando sólo algunos aspectos de la sociedad puertorriqueña hemos podido observar que presentaba grandes contrastes en todos los órdenes, siendo quizá el más acusado el de las diferencias económicas. Mientras un numeroso sector de la villa vivía en la más absoluta pobreza, en espe-

⁵⁵ Enríquez al rey. Puerto Rico, 10 de julio de 1633. A.G.I., Indiferente General, 78.

⁵⁶ Riva Agüero al rey. Puerto Rico, 25 de octubre de 1644. A.G.I., Santo Domingo, 156, R3.

⁵⁷ Torres Vargas: *Descripción de la isla...* Apud. Tapia y Rivera, Alejandro: Ob. cit., págs. 481-482. Véase, para uso y costumbre de los esclavos americanos, las obras de Saco, José Antonio: *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países américohispanos*. Colección de libros cubanos, vol. XXX, La Habana, 1938; Mellafe, Rolando: *La esclavitud en Hispanoamérica*, Buenos Aires, 1964; Díaz Soler: *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico (1493-1890)*. Madrid, 1953.

cial en los pueblos del interior, hasta el punto de que muchas personas se quedaban sin ir a misa por no tener con qué vestirse,⁵⁸ las clases acomodadas, el gobernador y alto clero (obispos y prebendados) vivían con demasiada holgura, rodeados de criados y esclavos, haciéndose servir en vajillas de plata y guardando baúles abarrotados de ropa de todo tipo, máximo lujo que en la isla podía existir en aquel momento.⁵⁹

Era, pues, una sociedad abigarrada y difícil, limitada por los condicionamientos económicos, de escaso crecimiento y en pleno período de formación sin un orden lógico y sin unos estamentos en que basarse. Sociedad en la que a decir del famoso soneto anónimo del siglo XVII «es lo mejor de todo un poco de ayre».

ENRIQUETA VILA VILAR

⁵⁸ López de Haro al rey. Puerto Rico, 12 de febrero de 1645. A.G.I., Santo Domingo, 172, R2.

⁵⁹ Entre los bienes que se embargaron a don Juan de Haro antes de celebrarse su juicio de residencia se encontraron gran cantidad de joyas, objetos de plata, ropa y esclavos. Además de cierta cantidad de moneda. Cuaderno de la Residencia de Haro. Septiembre, 1631. A.G.I., Escribanía de Cámara, 122, A.